

ESTRATEGIA Y TÁCTICA DEL SEPARATISMO CATALÁN

Alejandro Nieto

Sumario: Presentación.- I.Peculiaridades del separatismo catalán.- 2. Estrategia.- 3.Táctica.- 4. Reacción del Gobierno nacional.- 5. Salida del laberinto.- Nota final.

Presentación

El separatismo catalán es un fenómeno singularmente complejo que, para poder ser mínimamente entendido, precisa análisis desde diversos puntos de vista, tal como se está realizando desde hace algún tiempo. Las vertientes constitucional, fiscal y económica se han estudiado con seriedad y agudeza; la política es materia cotidiana de innumerables comentarios apasionados y últimamente se ha empezado a examinar el flanco psicológico y antropológico (Guibernau, Tobeña, Daurella y hasta Boadella), que a mí me parece el fundamental.

Desde todos estos ángulos se pretende explicar un hecho a primera vista asombroso, a saber, que una ideología que hace diez años tenía un alcance político testimonial es hoy la protagonista de un episodio que puede cambiar la historia de España. ¿Qué ha pasado? y sobre todo ¿qué va a pasar? porque el huracán no ha terminado el uno de octubre de 2017. Los autores dan vueltas y más vueltas a las cuestiones capitales de “quién, por qué, cuándo, cómo y con qué fin”. A todo ello habría que responder en un estudio responsable que, sin embargo, no tiene cabida en una protocolaria intervención de esta Academia. En consecuencia me veo forzado a dejar a un lado el aspecto que más me atrae –el psicológico- y limitarme a *describir el cómo* se han desarrollado hasta ahora los acontecimientos, es decir, la estrategia y la táctica que se han seguido; mas no de acuerdo con eventuales lecturas sino tal como yo lo he visto con mis propios ojos y me han informado mis parientes, amigos y discípulos catalanes, que son muchos y de cuya sinceridad me fío.

I.Peculiaridades del separatismo catalán

Cada acontecimiento histórico es un fenómeno único y por tanto irrepetible. Podrá tener algunos elementos similares a otros coetáneos o anteriores, podrá estar inserto incluso en una tendencia generalizada de características semejantes, mas no por ello perderá su singularidad. Ciertamente es que el separatismo supone en el siglo XXI una corriente política universal y que pueden encontrarse múltiples movimientos parecidos; pero el independentismo catalán es singular por naturaleza. Pues bien, prescindiendo de sus obvias semejanzas y paralelismos con otros, sus peculiaridades distintivas son las siguientes:

A) El dato original más característico es que *se ha organizado desde el Poder* a diferencia de los separatismos habituales que nacen y se desarrollan en un pueblo y se dirigen contra el Poder. Aquí, en cambio, es un Poder el que se alza contra otro Poder superior.

Esta circunstancia parece un contrasentido dado que por sí misma revela que los separatistas no están “ocupados”, “oprimidos” y “explotados” (por emplear la terminología que habitualmente usan) ni que su Estatuto de Autonomía “está vacío” (*sic* el presidente Puigdemont). Podrá decirse, si se quiere, que su autonomía es insuficiente para satisfacer sus exigencias; pero tan vacío no estará cuando permite que los Poderes legislativo y ejecutivo territoriales estén en manos de los propios separatistas. Y en verdad que no han sido mensurados a la hora de actuar. A ojo de buen cubero y quedándome deliberadamente corto, puede calcularse que a cada cien actos públicos de propaganda independentista apenas se corresponden tres de signo contrario.

B) La segunda peculiaridad consiste en que a diferencia del intento de 1934 – parangonable pero no similar porque entonces no se trataba de separarse del Estado sino de un Gobierno- ahora *no se ha acudido a las armas sino al pueblo*. Y más concretamente todavía: no a los representantes del pueblo designados por elección legal ni a su mayoría expresada en un procedimiento con garantías (como se está viendo en otros países al estilo de Quebec y Escocia) sino al pueblo directamente manifestado en la calle sin contar, por tanto, con el pueblo que no sale a la calle. Se trata, en suma, de una acción política ajena a la democracia representativa que se sustituye por la democracia callejera directa. Un cambio radical de nuestra tradición porque en España estábamos acostumbrados a los cambios de régimen impuestos por la fuerza militar (septiembre de 1868, julio de 1936 entre otros muchos); pero hasta ahora no se había conocido un cambio apoyado por la ocupación callejera de masas no armadas.

¿Quiénes son estos separatistas que han irrumpido con tanta fuerza y de manera tan brusca en la vida política española de los últimos años? No vienen de antiguo ciertamente puesto que el grupo que les representaba en el inicio de la Transición (Esquerra Republicana de Cataluña) no llegaba al 15 por 100 del electorado y carecía de líderes significativos aparte del muy estimable Heribert Barrera, que no pasaba de ser un testimonio de épocas casi olvidadas. Exigua minoría que, literalmente de golpe, se ha multiplicado en dos quinquenios y que ya cuenta con varios líderes populares sólidamente establecidos.

La enorme masa actual está compuesta por varios bloques sociológicamente bien diferenciados que se han añadido al núcleo inicial a que acabo de hacer referencia. Está el bloque de los conversos: catalanistas no independentistas de toda la vida que han oído la llamada vocacional del separatismo y le están siguiendo con absoluta naturalidad y entusiasmo. Está un bloque más numeroso integrado por las generaciones más jóvenes que no han llegado a conocer el franquismo y mucho menos la Segunda República, pero que han sido formados en un ferviente catalanismo

independentista y republicano. Y están, en fin, los nuevos catalanes, inmigrantes del resto de España y del mundo, que asentados ya en el trabajo o con esperanza de encontrarlo, están aprendiendo la lengua y son captados a una aventura política que parece prometedora. Sin olvidar, por último el bloque de los conformistas, es decir, personas que sin convicción alguna aceptan la tendencia dominante – o la que presiona con más fuerza- porque no quieren significarse o comprometerse.

Tal es la gran masa que vota y ocupa las calles cuando es requerida. Su número, obediencia y disciplina son admirables; pero políticamente no son decisivos en unos tiempos en que se congregan poco menos que a diario cientos de miles de personas para celebrar triunfos deportivos, extasiarse ante un divo musical o sencillamente rendir culto a la promiscuidad sexual. Aunque materialmente son los que obran y ejercen la presión. Lo importante no es la masa sino quienes la organizan o dirigen después de haberla formado. No fueron las legiones macedónicas ni los ejércitos franceses quienes conquistaron buena parte del mundo sino Alejandro Magno y Napoleón, que fueron los que les pusieron en pie y condujeron a la victoria. Otra cosa es, desde luego, que la opinión pública mal informada o manipulada se deja arrastrar por una patética fotografía y no se moleste en enterarse del verdadero fondo de las cuestiones.

¿Quiénes forman, entonces, esta elite de dirigentes que han levantado el separatismo catalán?

Durante el Franquismo y la Transición no se encuentran, aparte del ya citado Barrera, líderes independentistas de nota ni siquiera entre los catalanistas más entusiastas. En Convergencia no lo fueron ni Pujol ni Roca ni Mas; tampoco lo fue Durán y Lleida en Unió; ni Raventós, Maragall y Montilla entre los socialistas. ¿Qué pasó para que Pujol y Mas se hicieran de repente independentistas? Unos analistas entienden que siempre lo habían sido pero que disimularon con hábil hipocresía hasta que llegó el momento oportuno para sincerarse. Otros entienden, por el contrario, que fueron sinceros en su época nacionalista y que realmente cambiaron de actitud en un momento determinado.

C) No es correcto colocar el separatismo catalán –según se hace habitualmente- en una línea de tensión entre Cataluña y España, entre catalanes y españoles. Esta línea existe, desde luego, pero junto a ello corren otras no menos relevantes que complican gravemente la situación, a saber: la que separa a catalanes nativos de catalanes inmigrados e incluso la que divide a los catalanes nativos entre sí. Con lo cual tropezamos con un equívoco peligrosísimo, que consiste en la usurpación en nombre del pueblo: “nosotros, el pueblo catalán, -dicen los separatistas- sentimos, queremos y decidimos”. No hay tal, porque no son ellos el pueblo catalán; a quien únicamente representan es a una parte y no es admisible hablar en nombre de quienes precisamente están en contra. *¿Qué hacer con la otra mitad del pueblo catalán, con la otra mitad de Cataluña?* Esta es la gran cuestión.

D) El conflicto se desarrolla en un *marco constitucional y legal aceptado* en su día por los catalanes separatistas; lo que les obliga a interpretarlo de manera forzada (que los tribunales de Justicia han rechazado) y, a la vista de tal fracaso, a crear su propia legalidad, como sucede por lo demás en todos los procesos revolucionarios.

E) Hay además otro dato que es común a todos los movimientos independentistas: se trata sin lugar a dudas de una *operación irracional*, aunque ocasionalmente pretenda racionalizarse de forma pretextual. Porque aquí se invocan las pasiones, no los sentimientos. La deriva independentista es de una naturaleza psicológica en cuanto que no se debe a causas objetivas de índole económica, social o constitucional racionalmente valorables sino a impulsos emocionales. No es un independentismo intelectual sino afectivo.

II. Estrategia

Una vez que se han recordado las anteriores peculiaridades del separatismo catalán, ya estamos en condiciones de examinar las líneas estratégicas que se han seguido rumbo al objetivo final de la declaración –y, a ser posible, del reconocimiento- de la independencia.

El punto clave de esta estrategia se encuentra en la *formación de una comunidad cultural* consciente de su identidad nacional, pues tal es el caso obligado, el requisito previo inexcusable y el medio más eficaz para conseguir tal fin.

Consolidada esta comunidad, la evolución es ya irresistible con justo dos salidas pacíficas: o bien la integración en un Estado plurinacional o bien la constitución de un Estado-nación, que es la opción que han escogido los separatistas actuales distanciándose de los federalistas que prefieren la otra opción.

El reconocimiento de la independencia es un fin de naturaleza político-constitucional referido a terceros (los que han de reconocerla o tolerarla, al menos) y a las fuerzas políticas propias (los que han de exigirla o proclamarla); mientras que la formación de la comunidad nacional exige la presencia de un sentimiento de identidad, una toma de conciencia y la actuación de los ciudadanos. Ahora bien, si esto es así, cuando no todos los residentes tienen este sentimiento ¿cómo lograr que lo adquieran?

A tal efecto existen varias posibilidades, que el separatismo catalán ha practicado simultáneamente, según los destinatarios:

a) Mediante la *persuasión* se pretende captar nuevos seguidores utilizando razonamientos para convencerlos, es decir, para inducirles a que ellos adopten libremente la decisión de incorporarse al grupo.

b) Si lo anterior no tiene éxito, mediante la *coerción* se les presiona con técnicas manifiestas u ocultas hasta apoderarse de sus facultades de cognición y decisión hasta tal punto que quieren, piensan y actúan como sus manipuladores les indican, es decir, de un modo no libre sino forzado. Al igual que los compradores de una gabardina o de

un detergente, tienen un margen libre de decisión, pero de hecho están condicionados por las técnicas de mercado y de moda que les han seducido.

c) Si el afectado se niega a adherirse resistiéndose a las medidas de coerción, puede aumentarse la presión obligándole a decidir con *coacción*, hasta llegar a una actitud no ya simplemente forzada sino forzosa. El interesado ya no tiene margen para adoptar una decisión propia, como al funcionario a quien se obliga a prestar juramento de fidelidad, del que únicamente puede librarse renunciando a su condición de funcionario (al estilo del judío español del siglo XV, coaccionado a convertirse si quería permanecer en la península).

d) El último peldaño de esta escala de presiones es la *imposición* de efecto automático. Aquí no se pide al afectado un acto de adhesión –ni libre, ni forzado, ni forzoso- sino que se le integra automáticamente en la comunidad por decisión soberana, le guste o no le gusta, tal como se estableció en materia religiosa por la paz de Westfalia: *cuius regio, eius religio*.

La estrategia del separatismo catalán ha sido en este punto extraordinariamente ambiciosa puesto que ha utilizado los cuatro mecanismos. Primero ha intentado –en verdad sin demasiado entusiasmo- persuadir racionalmente. Pero, constatada la ineficacia de este método, no ha vacilado en utilizar técnicas de coerción (como se precisará más adelante) e incluso de coacción. Y anunciado está que, alcanzada la independencia, todos los residentes en Cataluña, aunque hayan votado en contra, adquirirán la nacionalidad catalana y estarán representados por la República catalana.

Las características más visibles de esta comunidad y las que explican su importancia son las siguientes: a) Políticamente atrayente en cuanto que desde el primer momento resulta eficaz en la praxis política incluyendo sensiblemente sobre ella; tiene un futuro prometedor en cuanto que su triunfo parece posible a medio y largo plazo; utiliza deliberadamente un señuelo participativo; y en fin supera la cansina retórica de la lucha de clases, ya decididamente obsoleta, que sustituye por un novedosa “lucha de nacionalidades”. b) Socialmente ventajoso pues facilita a los integrados la promoción económica y social, así como un estatus administrativo y público privilegiado. c) Psicológicamente reconfortante habida cuenta de que posibilita la consolidación de los sentimientos de identidad y pertenencia esenciales para el equilibrio y la personalidad humana, según saben bien los psicólogos y los antropólogos.

La medida que acaba de ser descrita es excelente puesto que sin la preexistencia de una comunidad nacional catalana, la independencia es una quimera. Esto es tan conocido y evidente que no puede sorprender su presencia en el escenario catalán. Lo que aquí resulta admirable es la habilidad y eficacia con que el separatismo utiliza a las masas para visualizar y realizar sus objetivos sin tener que mancharse las manos las Autoridades políticas, que se limitan a garantizar la impunidad; de la misma manera que los intelectuales favorecen las manipulaciones culturales y económicas y los artistas, incluidos los futbolistas, prestan su imagen para la propaganda.

Quizás se trate en el fondo de un problema irresoluble. ¿Qué hacer con la enorme masa de catalanes no separatistas que se queden en el territorio? El régimen democrático conoce la dificultad y ha elaborado una teoría y una praxis de las minorías que funciona pacíficamente en una atmósfera de buena fe. Pero no parece que estén los tiempos para esas finezas. Las minorías rusas en las repúblicas bálticas están bárbaramente oprimidas, mientras que la minoría rusa en Ucrania oriental se ha separado del Estado ucranio. Los independentistas catalanes también conocen este riesgo, pero no han vacilado en asumirlo con todas sus consecuencias. En la hipótesis de la independencia ¿qué pasará con el valle de Arán o el cinturón de Barcelona y tantos municipios de Lérida y Tarragona? ¿Y si a los dos años, desengañados de la experiencia, la mayoría independentista se convirtiera en minoría? La decisión parece, sin embargo, irreversible. En el siglo XVII el Principado de Cataluña se incorporó al Reino de Francia pero a los pocos años cambió de opinión y regresó sin dificultades a la Corona de España. ¿Sería posible hacerlo ahora?

El segundo pilar de la estrategia consiste en la *ocupación del Poder público autonómico*, que es lo suficientemente fuerte como para asegurar una extensa esfera de actuación. Un elemento que han manejado a la perfección puesto que desde el comienzo de la Transición hasta hoy los catalanistas han gobernado sin interrupción en Cataluña gracias a un sistema de alianzas interpartidistas y eventualmente con el apoyo de partidos estatales: el CiU de Pujol, formalmente sólo nacionalista, con el beneplácito de Aznar; luego el PSC escorado cada vez más hacia el independentismo; más tarde la vuelta de CiU de Mas convertido súbitamente al separatismo radical; y, en fin, el Gobierno variopinto de Puigdemunt. En todo caso el Ejecutivo catalán ha ejercido una política beligerante sostenido por un Parlamento de su mismo color aunque con escasa mayoría, si bien la suficiente a estos efectos. Con el Ejecutivo y el Legislativo totalmente en sus manos, el Poder que se le ha resistido siempre ha sido el Judicial, puesto que el Financiero va implícito en los dos primeros.

También formaba parte de su estrategia el control del Orden Público, conseguido a través de las Fuerzas armadas territoriales (Mossos de Esquadra) y locales (policía municipal), pero no del todo puesto que en segundo plano ha estado la sombra amenazadora de la Policía Nacional y Guardia civil; y en el fondo, huelga decirlo, el Ejército. Es notorio, por lo demás, que en 2017 no estaba previsto un choque militar puesto que, a diferencia del 6 de octubre de 1934, el protagonismo de la acción correspondía a las masas callejeras y como éstas lo único que necesitaban era la impunidad, bastaban los mossos autonómicos para ofrecérsela.

En el ámbito internacional estaba pensado establecer relaciones formales con países extranjeros a través de una densa red de “embajadas”: lo que no se ha logrado, aunque sí se han establecidos intensas relaciones informales y asegurada en parte una buena acogida mediática informativa.

En cambio, las conexiones interiores (en la medida en que se considere el resto de España como un ámbito interno) no se han cuidado con la debida atención, quizás porque se contaba de antemano con el apoyo gratuito y espontáneo de otras regiones

(como las Baleares y los Países Vasco y Valenciano) así como el de ciertos partidos dispuestos a todo a cambio de mejorar sus posiciones en el ámbito nacional.

El círculo estratégico se completa –injusto sería no recordarlo- con la colaboración de múltiples y variados agentes sociales separatistas por vocación o por conveniencia.

En su conjunto se trata de un plan estratégico singularmente ambicioso, excelentemente planeado y cuidadosamente desarrollado. Los objetivos fueron establecidos desde el principio con absoluta precisión y su realización puesta en manos del Poder público autonómico, ensanchado hasta el máximo en la práctica cotidiana y bien secundado por intelectuales devotos y reforzado por masas de voluntarios dispuestos a ocupar la calle cuando se les indicare. La verdad es que no resultaba fácil hacer frente a un ejército tan poderoso, bien organizado y entrenado, disciplinado y espléndidamente financiado y dirigido por cabezas inteligentes capaces de combinar la energía con la astucia.

Debido a su enorme relevancia me parece una decisión estratégica y no meramente táctica el uso deliberado, sistemático y constante de “trampas” tanto en el nivel ideológico como en el operativo, entendiendo aquí por trampa la manipulación de la realidad: falseamiento de los hechos o interpretaciones desviadas de ellos, invenciones imaginarias, asunción de utopías, aceptación de cualquier medio que resulte ajustado a los fines. En una palabra, imperio de la llamada posverdad, que es la negación de un puñado de valores que antes se consideraban sagrados, una especie de recuperación moderna del peor maquiavelismo, del jesuítico principio de que el fin justifica los medios. Ahora bien ¿en qué medida están sujetos los movimientos revolucionarios a las reglas del Derecho vigente y a la lealtad constitucional?

Actitud de base que ha permitido toda clase maniobras sospechosísimas declaradamente beligerantes y autorizado a incurrir en contradicciones manifiestas: reprochar al adversario lo que para sí se acepta; acogerse a la constitución y a las leyes en lo que interesa al tiempo que se rompe formalmente con ellas; interponer recursos ante los tribunales mientras que se advierte que no se obedecerán las sentencias que resulten contrarias; acusar de provocación la exhibición de banderas españolas al tiempo que se invita a ondear señeras independentistas; magnificar la fracción poblacional separatistas y desconocer por completo a la fracción opuesta; negar las evidencias; tolerar la violencia controlado, etc., etc. Una subversión de los valores que hasta ahora permitían el gobierno al estilo llamado occidental y democrático. ¿Qué esperan de veras los independentistas de su ansiada república? ¿Cómo será el salto de la utopía a la realidad? Las masas no lo saben ni les interesa. En cuanto a los dirigentes es claro que su objetivo no es sólo conseguir la independencia de Cataluña sino asegurarse el poder en ella; y como a tal propósito los que ahora van juntos inevitablemente se separarán un día, no vendrán tiempo tranquilos para el nuevo Estado.

III. Táctica

Después de haber alabado justamente las excelencias de la estrategia separatista ¿qué decir de la táctica con la que se ha desarrollado? Mi opinión en este punto también es favorable con aspectos magistrales incluso. Los separatistas catalanes no han sido originales ni necesitaban serlo; pero han acertado a aprovechar hasta el máximo y con gran acierto las fuentes de que disponían.

En primer lugar las *lecciones de la Iglesia Católica* y de sus experiencias milenarias. Lo que se ha visto en estos años en Cataluña es en buena parte reproducción fiel de las antiguas actividades religiosas adaptadas ahora a las nuevas circunstancias y fines. Cuidado exquisito de la formación desde la infancia hasta la más elevada especialización profesional, ocupación de la calle con procesiones ahora llamadas manifestaciones, ritos iniciáticos, símbolos omnipresentes, exaltación de los líderes, cánticos y letanías, gestos individuales y colectivos, uniformes (ahora camisetas)... Herencias, en definitiva, de una tradición católica conservadora.

El segundo filón, también exhaustivamente aprovechado, ha sido *la técnica de las relaciones públicas*, que tan asombrosamente ha progresado en las Facultades de Psicología, Información y Empresa y sobre todo en Escuelas de mercado. Hoy nada se improvisa ni hay lugar para la espontaneidad. Todo está programado y los acontecimientos –políticos, religiosos, artísticos o de ocio- se han convertido en espectáculos. La vida colectiva es un espectáculo cuidadosamente programado y el separatismo catalán los está ofreciendo cada día.

Añádase a lo anterior las ventajas de *las nuevas tecnologías y de las comunicaciones por internet*. Entre un equipo propio especializado y las empresas profesionales contratadas se ha montado un aparato arrollador, ubicuo, que deja muy atrás a los lejanos antecedentes del Partido Socialista de Largo Caballero o de la CEDA de Gil Robles y que ha llegado a mejorar los hábitos con que el nazismo y el estalinismo asombraron en su tiempo al mundo, parangonables sin desdoro a los formidables escenarios contemporáneos de Corea del Norte y de los montajes de propaganda políticos y comerciales de Estados Unidos. Las tácticas del separatismo catalán ya empiezan a ser conocidas en Facultades de todo el mundo y pronto serán de estudio académico obligatorio.

Veamos seguidamente algunas de sus realizaciones concretas más notables.

Lo primero que hizo el catalanismo al ocupar el Poder autonómico fue organizar y dirigir estrictamente los dos primeros niveles de la *Educación* (en el tercer nivel debido a la autonomía universitaria constitucionalmente garantizada se vió obligado a seguir una política más cauta) de tal manera que se impuso sin contemplaciones la *lengua catalana* y así pudo lograrse, al cabo de unas generaciones escolares, que la minoría catalanoparlante se convirtiera pronto en mayoría. Práctica reforzada por la progresiva, y en ocasiones absoluta, catalanización del lenguaje administrativo y, algo más lentamente y con no pocas reticencias, el judicial. El bilingüismo reconocido por la Constitución invirtió sus proporciones en muy poco tiempo imponiéndose el catalán como lengua oficial dominante hasta considerarse el castellano como lengua tolerada

en el mejor de los casos. La población de Cataluña se acostumbró pronto al catalán, que ya estaba en condiciones de hablar correctamente y que además ofrecía inequívocas ventajas de promoción social y profesional.

No menos criticable ha sido la imposición de la *cultura catalana*, que en lugar de complementar la cultura española la ha desplazado inexorablemente, postergando su conocimiento al nivel de la francesa o inglesa, como si fuera una cultura extranjera más. Una cultura vernácula concienzudamente manipulada puesto que en ella se han introducido elementos espúreos y falsedades manifiestas hasta tal punto que, sin protesta de nadie, se ha fabricado una cultura artificial, imaginaria, irreal, que es la que ha terminado difundiéndose en la población, Y, además, fomentándose con ella sin disimulo una tendencia radicalmente independentista.

La segunda pieza de esta operación fue la ocupación inmediata de los *media* (medios de comunicación social) públicos, a los que se añadieron otros de nueva creación con el mismo signo. Y en cuanto a los privados se controlaron con eficacia, pero en silencio a través de una intensa política de subvenciones. Con la consecuencia de que como resultado de esta acción coordinada de los dos elementos en muy pocos años la población de Cataluña se ha impregnado de la lengua y de la cultura catalana con un marcado sesgo independentista. Aunque bien es verdad que los excesos monopolísticos han provocado un cierto rechazo en algunos medios, incluso nacionalistas, refractarios a tan agobiante saturación.

Por otra parte el efecto de las medidas anteriores se vió potenciado por una política general de fomento de la catalanización y de separación de las débiles resistencias castellanas que aceleraron el proceso oficial. Por sorprendente que resulta es el caso que el Poder estatal contempló impávido los excesos de la política autonómica haciendo caso omiso de las denuncias presentadas al respecto; y cuando los tribunales se decidían a intervenir para corregir las ilegalidades, las Autoridades regionales se negaban en redondo y sin tapujos a cumplirlas. Lo legal y lo ilegal, lo constitucional y lo inconstitucional entraban en el mismo saco y, en suma, lo anómalo se convirtió en habitual. En este punto, el territorio de Cataluña se puso fuera de la ley con absoluta impunidad. Y como al amparo de ésta nada se ocultaba y hasta se exhibía, basta leer la prensa para comprobarlo.

En los apartados anteriores se ha visto cómo las dos fases examinadas del proceso independentista están coloreadas por la psicología –y no por la lógica, la historia, la economía o la constitución- que ha impuesto sus rasgos dominantes. Su contenido ideológico es inequívocamente emotivo y su finalidad se centra en la formación de un grupo o comunidad que apacigüe la angustia de unas masas de desarraigados castigados por crisis económicas, religiosas y sociales que identificándose con él y consumando su pertenencia les permite estabilizarse psíquicamente al tiempo que les asegura su promoción social. Quien profesa el independentismo se siente protegido, tiene con quien comunicarse, sabe cuál es su lugar en este mundo y descubre un quehacer político común y atractivo. Distingue entre amigos y enemigos, entre nosotros y ellos. Ha descubierto un pasado común (así proceda él de Almería o Túnez),

una cultura propia y sabe que lucha por un futuro mejor, justo, democrático y libre de corrupción. En estas condiciones no pone reparos a los dudosos mecanismos de captación, renuncia a su individualidad que funde gustoso en la masa colectiva y, en fin, está dispuesto a comportarse disciplinadamente de acuerdo con las instrucciones que se le impartan.

Una vez que se dispone de una masa fiel, disciplinada y controlada, es fácil *movilizarla* con cualquier objetivo o pretexto. La convocatoria es sencilla y más actualmente contando con los instrumentos de los meda y las nuevas tecnologías. De hecho a diario se están convocando en horas encuentros para los fines más diversos, desde protestas violentas a espectáculos lúdicos. Por lo que al independentismo afecta, lo habitual es un “calentamiento” previo realizado con gestos parlamentarios o llamamientos televisivos.

Llegado el momento la multitud se reúne en lugares estables, cerrados o abiertos, en forma de mítines en los que hablan los líderes o actúan las masas (escraches, apoyos y protestas de estilo variado), aunque también puede ser ambulante: las manifestaciones sucesoras de las tradicionales procesiones religiosas, con el fin de ocupar la calles como expresión de fuerza directa, como posibilidad de que los adictos participen físicamente y, en su caso, para provocar una reacción policial que ocasione víctimas y así se prolonguen en espiral las actividades de la operación.

Estable o ambulante, lo importante no es el objetivo de la convocatoria sino el espectáculo en el que se siguen estrictamente los símbolos y rituales de la Iglesia católica en las procesiones, autos de fe y ceremonias litúrgicas. En la actualidad la organización de estos espectáculos corresponde de ordinario a empresas que cuentan con profesionales especializados que emplean los mismos protocolos en una misa papal, un cierre de campaña política o una apoteosis deportiva. Porque lo importante no es el contenido del acto sino el espectáculo.

En la fabricación de la conciencia catalana propia e independiente se han utilizado con profusión materiales tan eficaces como sospechosos y entre ellos y en primer lugar el *victimismo* –el pueblo catalán siempre ha sido oprimido y explotado por Castilla- que genera inevitablemente odio. Para estupor de los pedagogos en las escuelas se predica a los niños *odio y desprecio* a los españoles, que se robustece con la afirmación de la superioridad de todo lo catalán: desde la historia al fútbol. En estas condiciones ya no hace falta incubarles el separatismo, pues éste nace por sí sólo de las premisas indicadas. Sembrado el odio basta esperar a la cosecha. La comunidad catalana constitucionalista se siente, más que marginada, estigmatizada por la comunidad catalana separatista, que en muchos lugares (felizmente no en todos) –favorecida por os Poderes públicos autonómicos e ignorada por el Poder estatal- adopta una actitud sectaria y agresiva que conocen muy bien los historiadores y los psicólogos sociales porque es la misma que la de los católicos con los herejes (culminada en los autos de fe), la de los blancos con los negros en los estados sureños de Norteamérica (culminada en el ku-klux-klan) o la de los checos con los alemanes de los sudetes (culminada con la expulsión y genocidio de éstos). Cierto es que se trata de una

percepción que no siempre coincide con la realidad; pero es muy significativo que las asociaciones cívicas radicales no sólo no desmientan esta situación sino que la fomenten de manera expresa y sin recato alguno

La *provocación* es quizás el arma más eficaz de la táctica separatista porque quien la maneja hábilmente gana siempre, le salga bien o mal. Si le sale bien y el adversario no responde ha dado un paso adelante; y si se le responde adecuadamente, gana como víctima, que es aún más importante. Con las víctimas se asegura una escalada en espiral, que es el camino de la victoria. Esto lo sabe el Gobierno central y por eso ha aguardado estoicamente las constantes provocaciones que ha padecido. Hasta que llegaron las intervenciones policiales del 15 de septiembre (de 2017), cuyas consecuencias –según proclama oficiosamente- fue un empujón más al independentismo, puesto que a la calle acudieron en protesta muchos que hasta entonces no se habían pronunciado. El presidente Puigdemunt es un maestro de la provocación: está haciendo constantemente gestos aparentemente suicidas con la deliberada intención de ser detenido; lo que según sus asesores provocaría el incendio final de la lucha. Y, además, trabaja sobre seguro porque seguro es que tarde o temprano vendrá un indulto como lo sabía Companys y sus socios en la rebelión de 1934.

En este repertorio de excelencias tácticas destaca un punto oscuro de tanta gravedad que ha comenzado a poner en riesgo toda la campaña, a saber, la *precipitación*. Unas extrañas circunstancias, que no es caso de recordar aquí, han colocado a la cabeza del Gobierno y en el dominio parlamentario a unas personas y a unos grupos sin suficiente respaldo político y social. Pues bien, para superar esta inseguridad, en lugar de dejar que el proceso fuera madurando con el ritmo previsto –que ya era más que suficiente- han preferido acelerarlo en una huida hacia adelante, que puede darles un triunfo más temprano, pero también malograr su éxito. Es el conocido órdago del juego del muy. Actuando más despacio y con la prevista tasa de crecimiento anual de seguidores, esperando un poco más no hubieran tenido necesidad de salirse tan flagrantemente de la legalidad y habrían podido esperar tranquilamente a redondearse una mayoría parlamentaria segura.

Esta desviación no es consecuencia de un error en la programación sino de la irrupción de un imprevisto. Desde la caída del Franquismo la política catalanista ha estado gestionada por Jordi Pujol, que con gran tino supo encajar los dos pilares del independentismo: la generalización de la conciencia de identidad catalana y la dirección política de un Partido, CiU. Mas he aquí que inesperadamente y en gran parte con la culpa del propio Pujol se rompió de pronto ese eje acreditado y la gestión política del separatismo cayó en manos de personas sin carisma, relieve ni experiencia procedentes de partidos sin tradición y consecuentemente débiles y desorientadas. En estas condiciones la gran masa separatista quedó descabezada y su Gobierno tuvo que pactar con partidos minoritarios, radicales y escasamente fiables. El catalanismo, el gran ideal de la burguesía ilustrada y del ruralismo conservador pasó a depender de minorías de izquierdismo revolucionario para las que el separatismo era una cuestión accidental, de simple oportunidad. El proceso quedó desquiciado en su frívola

precipitación hasta tal punto que a muchos da vértigo pensar en lo que puede suceder con una república catalana independiente de signo izquierdista revolucionario y antisistema. Los que conocen la historia recuerdan con espanto la Generalidad de julio de 1936 dominada por las milicias anarquistas así como la guerra civil interna de mayo del año siguiente. ¿Qué se puede esperar hoy de la CUP, tutora del proceso? En el bloque separatista se han abierto grietas, cada día más anchas, que se harán aún más visibles en el curso de las eventuales negociaciones y diálogos que ahora todos recaman.

IV. Estrategia y táctica del Gobierno nacional

La meditada y tenaz política separatista no ha tenido una respuesta adecuada por parte del Gobierno nacional (o, si se quiere, por parte del Estado), que hasta el último momento se ha limitado a invocar la Constitución y el Estado de Derecho remitiéndose a las decisiones de los tribunales, cuyas sentencias, por lo demás, eran sistemáticamente incumplidas –a veces con publicidad y escarnio- por las Autoridades del Principado. De esta manera y con las tácticas que ya han sido descritas se pudo formar la masa nacionalista independentista y organizarse los llamados referéndum que terminaron incendiando el país. De hecho la comunidad constitucionalista ha estado indefensa, sintiéndose abandonada y con razón, víctima de una discriminación agresiva de la que no quería enterarse el Gobierno. La primera reacción enérgica tuvo lugar avanzado ya el año 2017 vísperas del llamado referéndum del uno de octubre, que provocó, como era de esperar, una contrarreacción callejera no menos enérgica. Y este punto sería injusto silenciar que las fuerzas estatales de policía si contaban con un impecable programa táctica que ha desarrollado, además, con una disciplina ejemplar.

Se supone que la pasividad del Gobierno popular no fue sólo una consecuencia del temperamento galaico de su presidente sino que respondía a una deliberada estrategia conocida y antigua: dejar que el adversario se desgaste por sí mismo. Ya la emplearon con éxito los rusos en la invasión napoleónica; pero a Rajoy no ha acompañado la Fortuna del generalísimo Kutosov. Aunque podría pensarse, bien es verdad, que la posición del Gobierno popular no era demasiado fuerte, puesto que la carga de corrupción que llevaba le impedía colocarse en este terreno para desacreditar contundentemente el repentino separatismo de Pujol y Mas. Y, además, para los partidos políticos nacionales la cuestión catalana ha sido utilizada como una carta más en el juego político adoptando posturas ambiguas y versátiles que no favorecían precisamente una política decidida. Forzoso es reconocer que Rajoy, por así decirlo, nunca ha tenido en este punto las espaldas cubiertas.

Últimamente se ha generalizado en Cataluña un nuevo reproche –recogido nada menos que en La Vanguardia- contra la estrategia pasiva de Rajoy: ahora se le censura que su Gobierno no ha sabido elaborar un relato (esta es la palabra usual) de España capaz de contrarrestar el triunfal relato de Cataluña, que han armado los separatistas y

que ha encandilado a sus seguidores. Los “españolistas” hubieran necesitado según esto un relato paralelo convincente, que no se les ha facilitado.

V. Salida del laberinto

¿Tiene alguna salida este laberinto? Por supuesto, y no una sino varias, para todos los gustos. La primera y más sencilla es la de dejar las cosas como están esperando que se pudra lentamente el problema o venga una solución de fuera, como podría ser una reforma de la Unión Europea con alteración de la naturaleza misma de los Estados y naciones. También caben salidas violentas al estilo de una guerra civil, un golpe revolucionario o la ruptura pura y simple de la Constitución mediante una Declaración Unilateral de Independencia, que ya se asoma en el horizonte.

Dejando a un lado estas hipótesis catastrofistas, los mejores juristas de una y otro lado (si vale esta expresión) ya tienen pergeñadas varias salidas constitucionales –de reforma, no de ruptura- sean federales, confederales o autonomistas asimétricas. Pero más allá de los planteamientos jurídico-formales, que se consideran parciales e insuficientes, hoy el estribillo de moda es el de la negociación para llegar a un acuerdo pacífico que hasta ahora no se ha ensayado nunca en serio. Pío deseo al que nadie puede rechazar porque tiene la aplastante ventaja de su imprecisión, dado que aquí cabe todo, lo que significa que no dice nada.

Negociar está muy bien, desde luego; pero antes habría que ponerse de acuerdo sobre qué es lo que va a negociarse, entre quiénes y cómo. Si este acuerdo se lograra y los interlocutores obraran de buena fe, podría confiarse en que el negocio, con mayores o menores dificultades, llegaría a buen fin. Yo personalmente abrigo, sin embargo, muy pocas esperanzas, pues me temo que los eventuales negociadores no están legitimadas y, además, no busquen un buen fin general y definitivo sino la satisfacción de sus intereses egoístas y circunstanciales. En otras palabras: mejora de posiciones electorales a corto plazo, ventajas económicas inmediatas, tira y afloja de privilegios singulares, mucha palabrería enfática y sobre todo, amnistías, indultos y, lo que es más grave, compromiso de no escarbar en lo sospechoso, de no remover el cieno y así captar asentimientos. Una receta segura, en una palabra, para ganar tiempo y no tocar las cuestiones capitales. O más claro todavía: repetir la fórmula que con tanto éxito se empleó en la elaboración de la constitución de 1978 y cuyas consecuencias estamos pagando ahora.

Empezando por lo primero: ¿quién va a negociar? Nadie habla de ello porque se da por supuesto que lo harán – con o sin elecciones previas- los Gobiernos de Madrid y Barcelona, por supuesto en pie de igualdad: un premio a quien todo el mundo acusa de haberlo hecho muy mal hasta ahora y a sabiendas de que no hay motivos para que de repente adquieran mayor sabiduría y prudencia, antes al contrario pues ya han comprometido su palabra de no dar un paso atrás. Pero ¿serán los gobiernos o los partidos políticos que les han designado? Porque si quienes toman las riendas son los partidos políticos –y más si se actúa a la vista del público y en sede parlamentaria

como es lógico- ya podemos estar seguros de que aquello se convertirá en un campo de Agramante, en un torneo de excesos verbales y exhibiciones que no podrán terminar bien dado que no se puede contentar a todos ya que no hay bastante botín para repartir. Y si se forman, como es previsible, coaliciones, peor que peor ya que la negociación se convertiría en una maraña de ventajas y privilegios y en un intercambio de cromos reales o pintados.

Más todavía: ¿porqué los protagonistas habían de ser los partidos políticos cuando lo que está en juego son territorios y patrias? El Partido Popular no es quién para hablar en nombre de los intereses de Galicia ni el PSOE en el de los de Andalucía ni ERC por los de las provincias catalanas. ¿Es que se puede dejar a un lado a los viejos reinos cuando se está ventilando el destino del Principado de Cataluña? Mientras no se precise todo esto, mal puede empezar la negociación, salvo que se considere que el asunto únicamente afecta a Barcelona y a Madrid.

Por mi parte yo voy más lejos todavía porque estoy convencido de que los verdaderos protagonistas son las dos comunidades que actualmente malconviven en Cataluña y sí no se cuenta con las dos, no hay arreglo posible. Tal como están las cosas ya no es lícito hablar del “pueblo catalán” por la sencilla razón de que ha dejado de existir al haberse fracturado en varias comunidades ideológicamente contrapuestas. Por ello, mientras no tengan ambas voz bastante, es ilusorio hablar de acuerdo porque se tratará de una imposición y volveremos a los tiempos del inicuo principio de *cuius regio, eius religio*. En cualquier caso si de antemano no se precisa bien quienes van a negociar, será inevitable que la herida cierre en falso. Me da la impresión de que quienes tanto hablan de negociación están pensando en la vieja costumbre española de hablar por las noches en un restaurante, tomar decisiones de compromiso, luego imponerlas al Parlamento para que éste las haga suyas, abrazarse en público al final y en la trastienda repartirse el poder y sus prebendas.

No disponiendo de tiempo para analizar las demás cuestiones anunciadas, ahora me basta con reiterar mi escepticismo, que no es temperamental sino fruto de la experiencia histórica. ¿Puede alguien citarme un pacto español negociado de buena fe y que no haya consistido en un reparto de botín presente o futuro? El Abrazo de Vergara suscrito entre generales sin aludir siquiera al Pretendiente trajo ciertamente la paz, pero también dejó la puerta abierta a dos guerras carlistas posteriores. ¿Qué trajo el Pacto de San Sebastián? Una república ciertamente, pero también una guerra civil detrás. De los polvos de la constitución vigente han venido los lodos que ahora tanto nos embarazan y las carantoñas de Pujol y los suyos con Aznar y los que le siguieron nos han metido en este laberinto para el que mi corta imaginación no encuentra más solución que el consabido parche para salir del paso, para ir tirando hasta el próximo tropezón. Y eso en el mejor de los casos. Porque como unos y otros hablan un idioma distinto y no quieren usar diccionario, con estos interlocutores la posibilidad de llegar a un acuerdo sincero es remota. Mientras tanto la comunidad catalana no independentista, a la que no se habrá dado voz ni voto en la famosa negociación,

seguirá indefensa y oprimida porque en el nivel político oficial sencillamente no cuenta, dado que no protesta ni ocupa la calle.

Permítaseme, por tanto, que vuelva a insistir sobre este punto, en el que se encierra toda mi intervención. La cuestión catalana no nace de la emergencia de una comunidad separatista que habla, protesta, decide y pretende negociar sino de la fractura de la sociedad catalana en, al menos, dos comunidades: la separatista claramente dominante (aunque no precisamente la más numerosa) y la constitucionalista integrada por nacionalistas y españoles unidos por la nota común de sentirse españoles y de querer continuar dentro de España y del Estado español. Esta segunda comunidad, que se siente con razón marginada, no ha sido tenida nunca en cuenta, como si fuera invisible y hasta inexistente. *La salida del laberinto catalán no está en un acuerdo con la comunidad separatista sino también e inexcusablemente en la atención y acuerdo con la comunidad no separatista, asegurando la convivencia pacífica e igualitaria entre ambas.* Lo que los españoles deben atender no son sólo las exigencias de la comunidad catalana separatista sino la lamentable situación de la comunidad catalana (nacionalistas o no) no separatista y constitucionalista. Traten otros, en suma, de salvar a la Patria y, si quieren de mejorar sus posiciones políticas y hasta de asegurar sus beneficios personales; yo aspiro, mucho más concretamente, a defender una comunidad indefensa con la que estoy identificado y que está en trance de desaparecer.

Nota final

La anterior exposición fue cerrada el 30 de octubre de 2017; pero los sucesos del día siguiente exigen el añadido de una brevísima nota complementaria.

En ese día la superioridad estratégica y táctica del separatismo arrolló literalmente la desorganizada resistencia ofrecida por el Gobierno del Estado hasta tal punto que los resultados no sólo cumplieron el programa independentista sino que lo mejoraron. Las votaciones tuvieron lugar contra todo lo que se había asegurado y la violencia policial desacreditó la reacción estatal ante la opinión pública extranjera y en parte de la española. El Gobierno catalán pudo justificar todas las irregularidades cometidas alegando que había sido el Gobierno central el que le había impedido atenerse a un procedimiento garantista. Y por si esto fuera poco, logró debilitar todavía más al Gobierno de Rajoy, que era el otro objetivo que perseguía. El frente constitucional vuelve, pues, a resquebrajarse mientras que el separatista, que ya estaba fracturado, parece consolidarse con la euforia de un triunfo espectacular.

El anuncio de una inminente Declaración Unilateral de Independencia agrava el caos y el río revuelto favorece a unos pescadores que ya han dejado de ser furtivos puesto que se oficializan al otorgárseles la calidad de interlocutores del famoso pacto. Lo más grave con todo es que la cuestión ha dejado de ser catalana puesto que otras regiones españolas estaban esperando esta señal para apuntarse en la misma carrera con los mismos derechos que los catalanes. Y todo ello en un contexto europeo hipnotizado

por cuatro imágenes de internet. ¡Y pensar que hasta hace unos días se acusaba a Puigdemont de estar haciendo el ridículo! Por otra parte no hay indicios de que el Gobierno de Rajoy tenga ya –o esté elaborando- un plan estratégico y un programa táctico que vaya más allá de salir del paso y afianzar su posición electoral a corto plazo.